PRIMERA PARTE

DEL INVENCIBLE ANDALUZ JUAN DE LUCENA:

Dase cuenta de los valerosos hechos, muertes, y desafios que tuvo; y lo demás que verá el curioso.

NO sé si será posible,
que mi pluma escrivir pueda
los valerosos arrestos
valentias, y proezas
del mas bizarro mancebo,
que pudo pisar la tierra.
En la unica Provincia
Andaluz, fértil, y amena,
cuyas hazañas no hay plumas,
papeles, versos, ni letras,
que en sucinto estilo expliquen
lo largo de su tragedia.
Y porque sepan su nombre,
le llaman Juan de Lucena,
Granada es su amada Patria,
donde en infancia primera,
tres lustros llegó à tener,
que son quince Primaveras,
tan amigo de las armas,
tan inclinado à la guerra,
pues en la escuela de Marte
aprendió la civil ciencia,
siguiendo como un Bernardo
las furias tisifonesas.
Es hijo de buenos padres,
segun sus hechos aprueban,
pues aunque era valeroso,
despreciaba las riquezas,
y debaxo de sus plantas
las pone, y las atropella,
y aunque encontrára un esclavo
superficie de Guinéa,
se destocaba el sombrero
con bizarria modesta,
dando à entender que un humilde
compite con las estrellas,
y un fantastico sombrero
para quien es siempre queda.
En este estado pasaba
de su vida la floresta,
quando un impensado lance
le ofreció la incauta rueda.
Paseandose una tarde
por una frondosa huerta,
vido venir dos plantistas
de esos de guante y talega,

con

con sus espadas en cinta,
y tambien dos damas bellas,
que acaso las encontraron,
y parandose con ellas,
las quisieron violentar
à que sus honras perdieran,
y no pudiendo con ruegos,
quisieron hacerlo fuerza,
que à no estár tan inmediato,
no hay duda lo consiguieran.
Llegó, y sacando la espada,
les dixo : Como perversa
accion executar quieren,
atrevidos sin prudencia ?
Si no se salen de ahi presto,
les saldrá cara la fiesta.
Apenas estas palabras
pronunció, quando cometas
fueron en acometerle,
y él exalacion ligera.
No haveis visto quando sale
por entre ardientes lumbreras
algun rayo desasido
de una rutilante esfera ?
Pues assi de las espadas
descendian las centellas ;
pero poco les duró
su vanidad, y sobervia,
porque con dos estocadas,
con uno de ellos dió en tierra,
y el otro que quedó solo,
lleno de miedo, y tristeza,
asustado y temeroso,
viendo yá la muerte cerca,
puso la espada en el suelo,
diciendo : Amigo Lucena,
por JESUS Crucificado
conmigo el rigor suspendas.
El le respondió furioso :
Villano, yá que no mueras,
has de llevar à Granada
que contar, y no moneda,
y con buen aire le dió
una solfa y una pelfa,
midiendole el cuerpo à palos
de los pies à la cabeza.
En fin, lo dexó, y se fue,
sin que conocer pudieran
quien eran las dos mugeres,
que mientras fue la pendencia,
se fueron à la Ciudad ;
y él como si nada hiciera,
se fue tambien paseando,
hasta que en Granada entra.
Supo el caso la Justicia,
y el muerto à Granada llevan,
y procurando el prenderlo,
toda la casa le cercan,
à tiempo que fuera estaba,
pero no hallandolo en ella,
lleveron preso à su padre,
y entre prisiones lo encierran,
y le dicen, y amenazan :
que hasta que el hijo parezca,
será su prision muy larga ;
y assi que supo Lucena
la sinrazon que han usado,
buscó prestada una Beca
de Colegial, y su cuello,
como si Colegial fuera,
y una charpa de pistolas ;
luego alquiló una calesa,
diciendo, que iba à ordenarse ;
que esta estuvo brava idéa.
Fué à casa del Escrivano,
donde estaba la querella,
y sacando una pistola,
le dixo de esta manera :
Sabes à que soy venido ?
Para que conmigo vengas
à echar fuera à mi padre ;
y esto sin replicar sea,
porque si en algo replicas,
te haré el corazon pavesas.

Y viendose precisado,
fué con èl , y lo echó fuera,
y luego de un trabucazo
le pagó esta diligencia,
diciendo : Porque no escrivas
otra vez tan malas letras.
Fue , y puso en salvo à su padre,
refugiado en una Iglesia,
y à sus dueños le entregó
los habitos , y calesa.
Salió rodando fortuna,
hasta llegar à Valencia ;
pero antes que llegára,
cosa de una media legua,
en lo intrincado de un monte
oyó decir con muy tiernas,
y con delicadas vozes ,
y con lamentables quexas:
Por la Virgen del Rosario,
Madre de Dios, pura , y bella,
que no muera mi marido,
antes primero yo muera ;
y conociendo que el éco
de la voz femenina era,
dixo à su pecho : sin duda
alguna traicion es esta.
Se encomendó à San Antonio,
y aunque no sabia la tierra,
en aquella breña entró,
y quando estuvo bien cerca
de los bultos , disparó
el trabuco , y con violencia,
haciendo tan cierto el tiro,
que à los dos dió muerte fiera,
y luego se arrojó pronto,
diciendo : qué infamia es esta ?
Le respondió el que querian
agraviar con insolencia,
que estaba amarrado à un pino :
Aquesos traydores mueran,
que en mi esposa, y en mi quieren
executar gran vileza.
Era un Señor Capitan,
que reclutando en Valencia
con su Compañia estaba,
y por ser tarde serena,
con su muy querida esposa
à pasearse saliera,
y aquellos quatro villanos
fueron siguiendo sus huellas,
y asi que se retiró
lo metieron en la breña,
y à aquel pino lo amarraron ;
siendo su intencion perversa
el gozar à la señora,
y darles muerte violenta,
y bolverse à la Ciudad,
sin que nadie lo supiera.
Quieren los dos hacer fuga,
y Lucena no les dexa,
que su espada valerosa
les hizo que se rindieran
mal herídos , y despues
à el Capitan con finezas
lo desató , y consoló
con razones muy discretas,
y à los dos que estaban vivos
en su caballo los lleva
à Valencia , y à otro dia
bien temprano los confiesan,
y les dieron muerte de horca ;
y asi pagaron su ofensa.
Luego el señor Capitan
se informó de su tragedia,
y lo tomó por empeño,
de que à Granada se buelva,
y en ella se paseára
sin que nadie lo tosiera.
Mas el diablo que no duerme,
no quiso de que estuviera
sosegado , que una tarde,
sobre cierta diferencia,
salieron desafiados
dos hombres que eran de cuenta

a

à espaldas de San Christoval
y sabiéndolo Lucena,
acudió al sitio , y les hizo,
que los dos amigos fueran,
y que si alguno quebranta
las paces que quedan hechas,
que con él se havia de vér ;
y en virtud de esta propuesta
cada qual se fué à su casa ;
luego al otro dia ordena
el uno de ellos vengarse,
llamó , y le dixo à Lucena :
Supuesto , que tu no ignoras,
pues te hallaste en la refriega,
lo agraviado que me tiene
el dicho de la pendencia,
ofrezco darte cien pesos
en plata , buena moneda,
si le dás un trabucazo,
sin que la tierra lo sienta.
Respondiò Lucena : Amigo,
pues essos cien pesos vengan,
y me parto à executar
al punto lo que deseas.
En fin, le dió los cien pesos,
y salió como una flecha
buscando al que ha de dar muerte,
y à pocos pasos lo encuentra ;
lo llamó à parte , y le dixo :
Sabrás por cosa muy cierta,
como te vengo à matar ;
y porque todo lo sepas ,
sabrás como tu contrario,
porque la muerte te diera ,
me dió cien pesos en plata ;
si quieres que le suceda
el que se truequen las suertes,
y que tu vivas , y él muera,
como me dés otros tantos,
te aseguro , que assi sea.
Concedió el dicho en el trato,
y otros cien pesos le diera ;
y asi como los tomó,
por hacer una accion buena,
les dió la muerte à los dos ;
quién vido accion mas perversa !
y haviendo hecho estas muertes,
con muy grande ligereza,
pasó à Malaga de un buelo,
y en una Nave Francesa
para Francia se embarcó
à la Ciudad de Marsella ;
y ahora Joseph Francisco
fin dá à esta parte primera,
y en otra segunda parte
dirá lo demas que resta.

SE-

SEGUNDA PARTE

DE LOS ARRESTOS VALEROSOS DEL BIZARRO ANDALUZ Juan de Lucena, natural de Granada; y lo demás que verá el curioso Lector.

YA dixe como salió
el guapo Juan de Lucena
de Malaga, y se embarcó,
y haciendose à toda vela,
con feliz viento llegó
à la Ciudad de Marsella,
Puerto muy rico de Francia,
y desembarcando en ella,
salió à hablarle una Dama
con cariños, y ternezas;
tomó un Francés la demanda,
ò por zelos, ò por deudas;
mas como enseñado estaba
à motines y pendencias,
sin aguardarle razones
le dió un golpe con tal fuerza
con el pomo de la espada
encima de la mollera,
que la tapa de los sesos
le ablandó como una cera,
que no fué menester mas
para irse à mascar tierra.
Y como en Francia es notorio,
que no le vale la Iglesia
al que mata, ò al que roba,
se amparó de una Galera
del Embaxador de Argél,
que en la Bahía se apresta,
y estaba ya de partida
à llevar la Real respuesta
del Cristianisimo Rey,
al otro de falsa secta;
y aunque Moro, le valió,
con su fantasia ciega,
y llevandoselo à Argél,
lo hizo su mozo de espuela;
con prontitud lo servia,
siempre estaba à su obediencia;
de suerte, que el dicho Moro
se portaba con grandeza,
que siempre el que es Cavallero
obra con benevolencia.
Le permitia traher
armas para su defensa,
y cada dia le hacia
una costosa librea.
Ocho criados tenia
Muzalí, que el nombre era
del yá referido Moro;
y para que lo sirvieran,
prontos los apresuraba,
menos à Juan de Lucena
porque le havia tomado
cariño de todas veras.
Tenia el Moro una hija,
que para ser una estrella
solo el agua del Bautismo
le faltaba, cosa es cierta;
y era su nombre *Zelinda*:
le hacia muchas finezas,
pues le daba los lenzuelos,
las colonias, y chinelas,
y del trulán del mas fino
las libras le daba enteras
à escondidas de su padre,
sin que lo entiendan, ò sepan.
Creció en los demás criados
la embidia de tal manera,
que entre todos dispusieron,
para haver de hecharlo fuera,
ponerlo mal con el amo,
y un testimonio le prueban
diciendole: que à la niña
la trahia muy inquieta,

y

y que le vieron hacer
cosas infames con ella.
El Moro encolerizado
al oir la desverguenza,
jura que ha de castigarlo ;
y en fin lo vido una siesta,
que su hija lo llamó
muy quedo por una rexa,
y le dixo , que unas flores,
para un ramo le cogiera,
y tambien le dió la duaya,
para que se la encendiera,
que es la pipa del tabaco
en nuestra Española lengua.
Con esto que el Moro vido,
le dió credito à la prueba,
que sus criados le han dicho ;
y luego al instante ordena
el darle doscientos palos
con rigor y sin clemencia ;
y llamando dos Verdugos,
les dice , y les aconseja,
que en la huerta descuydado
lo cojan , y con gran fuerza
lo amarren , y sin piedad
doscientos palos le dieran ;
mas ellos que yà sabian
que tenia malas bueltas,
entraron muy de repente,
y le cerraron las puertas ;
mas Zelinda le avisó
por la pared de la huerta,
como iban à prenderlo,
que huya y que se defienda ;
al punto tomó una hacha,
con que partia la leña
y acometiendo à los dos,
les derribó las cabezas,
hizo las puertas pedazos,
y salió como una flecha
quitando estorvos de en medio,
cortando brazos , y piernas,
y en la casa de un Papáz,
que de alli estaba bien cerca,
entró pidiendo socorro ,
que el Papáz lo favorezca,
porque lo iban siguiendo
de Moros grande caterva,
Muzalí con los criados
prevenidos de escopetas.
Mas el Papáz los detuvo,
hasta que la causa sepa,
y que para castigarlo
al Rey se le ha de dar cuenta.
Y hecho el informe de todo,
mandó el Rey , segun su secta,
que declarase Zelinda,
jurando por su Profeta,
si el Christiano la agravió,
de obras , palabras , ò señas
y si dixera que sí,
desde luego lo sentencia,
que lo arrastren , ó lo quemen,
ó hagan con él lo que quieran.
Declaró Zelinda al Rey
la verdad de su conciencia,
que no la agravió el Christiano
de obras , palabras , ni señas ;
que ella lo havia ocupado
en algunas menudencias,
como traher del Jardin
rosas , jazmines , mosquetas ;
y à ley de ser su criado
havia de obedecerlas
à cuya razon el Rey ,
mandó , que le dieran suelta;
y que à los demás criados,
que armaron la estratagema,
doscientos palos de muerte
à cada uno le dieran.
Muzalí se fué à su casa,
y al Christiano con prudencia
le dice : Christiano amigo,
perdonadme la molestia,
que bien se vé quien tú eres,
segun las acciones muestras,

Va

Vamos ahora à Zelinda
pues se hallaba prisionera
en la cadena de amor,
que no duerme, ni sosiega
de pensar en el Christiano;
y à la noche venidera
à tiempo que sus criados
rinden à Morfeo treguas,
sin que la sienta su Padre
se entró en su quarto halagueña,
diciendo: Christiano, amigo,
si estás durmiendo, despierta,
y escuchame un rato atento:
Has de saber, que quisiera
à lo que te preguntáre,
que la verdad me dixeras;
le respondió cortesano,
con agrado, y reverencia:
Mandame señora mia,
en que yo servirte pueda,
que por servirte, mi vida
en peligro he de ponerla.
Zelinda le replicó:
Es el cuydado, el que sepa,
si tú me tienes amor,
como no lo manifiestas;
porque yo estoy entendida,
que mis favores desprecias;
Juan le respondió: Bien mio,
de vuestra hermosa belleza
beso las plantas mil veces,
y no entendais, que es tibieza
que haya ocultado mi amor;
si lo hecho es por verguenza,
que como eres gran señora
de gerarquia tan Regia,
y yo tu humilde criado,
no entendí que mereciera
el recibir tantas dichas,
tan colmadas, y tan llenas,
que no es posible que haya
versos, papeles, ni letras
para poder ponderar
con la estimacion que aprecia
mi corazon los favores,
que me ha hecho vuestra Alteza,
y estoy muy agradecido,
y lo sentiré de veras,
señora que por mi causa
algun detrimento os venga.
Si mi señor Muzalí
llega à saber con certeza,
que vuestra Alteza en mi quarto
à hora estraviada entra,
yo solo seré el culpado.
Dixo Zelinda: No temas,
que tu Dios será servido,
que mi Padre no lo sepa;
y si acaso lo supiere,
te disculparé yo mesma.
Con estas, y otras razones,
durmió el Christiano con ella,
despues que le dió palabra
de irse con él à su tierra,
y de bolverse Christiana;
y antes de que amaneciera
se fue Zelinda à su estancia;
luego al otro dia ordena,
que un Sacerdote cautivo,
sin que nadie lo supiera,
le eche el agua del Bautismo,
pusole Maria Josepha
por nombre y los desposó,
y la niña muy contenta
le dió para su rescate
oro, plata y finas perlas;
luego pidió à su señor
Muzalí, que le conceda
licencia para venir
à España à dar una buelta,
y que quiere juntamente,
que le conceda licencia
para traher un retrato
de la singular belleza,
y prodigio de Zelinda,
para que en España sepan,

que

que tambien hay en Argél
hermosuras tan perfectas.
Zelinda le suplicó
al padre lo concediera,
para que su fama buele ;
y luego con diligencia,
à costa de las alhajas
mandó que el retrato hicieran,
y una urna de crystal
donde vaya con decencía ;
y despues que estuvo hecho
tan peregrino que eleva,
que puesto junto à Zelinda,
nada se le diferencia
la copia al original
de su muy querida prenda.
Llegó el dia de partirse,
y recogiendo su hacienda,
puso el retrato en la cama
como que dormida era
la hermosura de Zelinda ;
y ella en la urna fue puesta,
fingiendo que era el retrato,
y porque no le suceda
el que le estorven el paso,
le acompañó con grandeza
Muzalí, con sus criados,
hasta que en la Mar lo dexa
en un Esquife embarcado,
y haciendose à toda vela
con su vandera de paz,
à los que el barco goviernan,
(que eran dos Moros Corsarios,
que andan à lo que portean,)
les dixo, que apresurasen,
porque un gran cuydado lleva.
Quando Muzalí echó menos
à su hija à toda priesa
él mismo vino à buscarlos
en una grande Galera
con mas de cinquenta Moros,
mas fue vana diligencia,
porque no pudo alcanzarlos,
que Juan ofreció una fiesta
à San Antonio de Padua,
como los lleve à su tierra
à él, y su esposa con bien;
y el Santo oyó su promesa,
que antes de ponerse el Sol
vido las altas almenas
de Malaga, y sus murallas,
de lo qual mucho se alegra,
y dixo à los dos Pyratas:
Hoy os cogió mal Planeta,
y desnudando un alfange
les dió la muerte sangrienta;
y de que estuvo en la Playa,
disparó todas las piezas,
y avisó à los Religiosos,
que à tomar posesion vengan
del Barco, y les dió cien pesos,
para que la fiesta hicieran
à el Glorioso San Antonio,
y al Obispo dieron cuenta;
los hospedó en su Palacio,
fue su padrino, y los vela,
quedando todos gustosos,
Juan, y Maria Josepha
muy ricos, porque trahia
la señora gran riqueza
de joyas, y de diamantes;
y por esta accion discreta,
le perdonaron sus causas
con orden de Real Audiencia.
Pasó desde alli à Granada,
donde en ella se pasea
muy quieto, y muy descuydado
de que ya nadie le ofenda.
Y ahora Joseph Francisco,
echando la salvadera,
le dá fin à aquesta historia
del guapo Juan de Lucena.

Barcelona: Por los Herederos de Juan Jolis Impresor, en la calle de los Algodoneros.